

tra él, sólo serviría para hacer importante á un hombre que no obra por sí mismo, sino que es el instrumento de los perversos.» Los murmullos de la Montaña se dirigen á Buzot, y cambian en furor contra los girondinos la indignacion de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau y Fonfrede piden el decreto de acusacion, Bancal la expulsion, y Pereyres que se le declare demente. La Convencion, en pié, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, burlas é invectivas. «¡Votacion nominal!—grita Boileau.—Veamos al fin quiénes son los amigos de Marat y los cobardes que no quieren declararse contra él.» «¡Que hable!—dicen otros.—Se le acusa, y tiene el derecho de hablar.»

Entonces Marat, dirigiéndose á los girondinos, dice: «Aquí no hay ni justicia ni pudor». Los girondinos se levantan como si hubiesen sido un solo hombre, y parece quieren anonadar con los ademanes y la voz la insolencia del orador. «Sí, decretad mi acusacion,—continúa Marat con una sonrisa retadora;—pero al mismo tiempo decretad que están locos esos *hombres de Estado*.» Este era el título con que los demagogos de la municipalidad, y el mismo Robespierre, calificaban á los amigos de Roland. Tallien, uno de los primeros discípulos de Marat, se obstina en vano en defender á su maestro, pues las voces de los centros no permiten oír la de Tallien. La última frase que pronuncia Vergniaud hace que se envíe la acusacion á los tribunales ordinarios, y encarga el ministro de Justicia que persiga á los autores é instigadores del saqueo.

«¡Es una maldad!»—grita Marat. Y sale entre los aplausos de la Montaña, que protegía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que quería en Marat era su enemistad contra los girondinos.

IV

Pocos dias despues de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyon y de la insurreccion en masa de la Vendée, primeros síntomas de la guerra civil. Estos síntomas estallaban en el momento en que Dumouriez flaqueaba y hacía traicion en las fronteras, y en que la anarquía destrozaba á Paris; pero la Convencion sólo fijaba toda su atencion en las fronteras.

Allí los desastres se sucedian unos á otros. Supiéronse sucesivamente los reveses de Custine en Alemania, la derrota del ejército del Norte, y las claras conspiraciones de Dumouriez. España rompió las hostilidades, y la Convencion, despues de haber oído á Barere, respondió sin titubear que se declarase la guerra á la corte de Madrid. La Convencion, léjos de disimular sus peligros á la nacion, buscó la salvacion en el mismo peligro, y los puso enteramente de manifiesto. Se nombraron al momento noventa y tres comisionados para llevar á las diferentes secciones de Paris la noticia de la derrota de nuestros ejércitos y de los peligros de nuestras fronteras. La municipalidad hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la catedral. Los teatros se cerraron, y se tocó llamada, como un grito de guerra, durante veinte horas consecutivas en todos los cuarteles. Muchos oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del Consejo, que tomaba su impetuosidad del himno de los marseleses: «¡A las armas, ciudadanos, á las armas! Si tardais, todo está perdido». Las secciones, de las que cada una se habia convertido en una municipalidad que obraba

y en una Convencion que deliberaba, votaron medidas que indicaban la desesperacion. Pidieron la prohibicion de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creacion de un impuesto sobre los ricos, la destitucion del ministro de la Guerra, la acusacion contra Dumouriez y sus cómplices, y en fin, la creacion de un tribunal revolucionario para juzgar á Brissot, Petion, Roland, Buzot, Guadet, Vergniaud y á todos los girondinos, cuya pérvida moderacion perdía la patria, con pretexto de salvar la legalidad.



Dumouriez hace arrestar á los comisarios de la república.—Pág. 394.

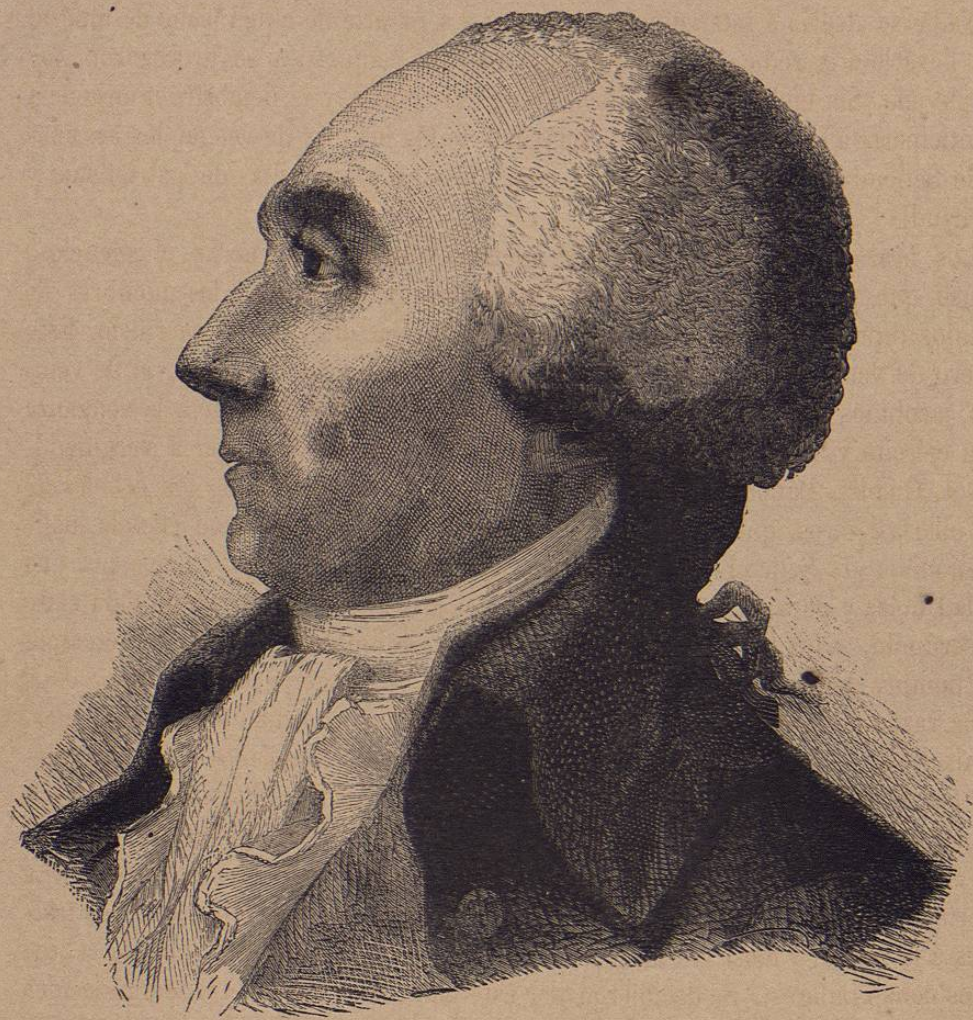
Danton, tan pronto en la Convencion como en los campamentos, sobreponiéndose á los dos partidos por el ímpetu de su carácter, impelió con la voz y el ademán al pueblo á las fronteras, y aparentó recomendar á la Convencion la concordia para concentrar toda la energía contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba á los girondinos por todos nuestros reveses. Les acusaba de haber sido los instigadores del saqueo, para deshonar las doctrinas populares y afiliar á los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contrarevolucion. Pidió una muralla de cabezas entre la nacion y sus enemigos, y desde luego las de los girondinos.

Pero á la sombra de este movimiento ostensible de los Jacobinos, de la municipalidad, de los Franciscanos y de las secciones, que fermentaba contra los jefes de la Convencion, un conciliábulo subterráneo, algunas veces público y otras oculto, se ocupó en reunir é inflamar los elementos de una insurreccion del pueblo contra la mayoría de la Convencion. Este comité de insurreccion se reunia, ora en un salon del ayuntamiento, ora, en más corto número, en una casa del arrabal de San Marcelo. A él pertenecian Marat, Dubois-Crancé, Duquesnoy, Drouet, Choudieu, Pache, alcalde de Paris, Chaumette, Hebert, Momoro, Panis, Dubuisson, el español Guzman, Proly, Pereyres, Dopsent, presidente de la seccion de la Cité, uno de los organizadores de los degüellos de las cárceles; Hassenfratz, Henriot y Dufourny. La mayor parte de los agentes secundarios eran hombres del 6 de Octubre, del 20 de Junio, del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre; cuadro revolucionario que la municipalidad habia conservado. Estos hombres, dispuestos á todo, despues de haber obedecido el impulso de Petion y de sus amigos, estaban prontos á obedecer al de Pache, Marat y Robespierre. Oleada revolucionaria cuya naturaleza era traspasar los límites continuamente, érales insoporable todo lo que propendia á fijar la revolucion. Se hallaban entre estos hombres de ejecucion Maillard, el presidente de los asesinatos de la Abadía; Cerat, que habia dirigido los de los Carmelitas, y era entónces juez de paz de la seccion del Luxemburgo; Gonchon, el Danton del arrabal San Antonio; Varlet, el tintorero Malard, amigo de Billaud-Varennes; el peluquero Siret, que despues de la toma de la Bastilla, donde habia ensayado su valor, no faltó á ninguno de los combates de la revolucion; el curtidor Gibon, patriota seducido por Henriot, que confundia como éste el patriotismo con el crimen; Lareynie, antiguo gran vicario de Chartres, que persiguiera hasta el fin en la revolucion la ruina de las instituciones de que habia abjurado; Alexandre, que afectaba en su arrabal el ascendiente militar; y por último, el zapatero Chalandon, presidente del comité revolucionario de la seccion, y cuya proteccion mendigaba cobardemente el célebre abogado Target, frecuentando su mesa y redactando sus arengas.

V

El comité de insurreccion general se reunió el 6 de Marzo por la noche, con más misterio que de costumbre. Sólo fueron convocados á él los miembros dotados de resolucion implacable y de una reserva á toda prueba. Estaban cansados del nombre de asesinos que Vergniaud y sus amigos les dirigian desde la tribuna, y esperaban que Danton, su antiguo cómplice, y sobre quien recaian las injurias de los girondinos, se uniria á ellos para exterminar á sus enemigos comunes. Hallándose prontos á concederle la dictadura del patriotismo, esperaban por momentos volviere del ejército, donde habia ido por tercera vez para tranquilizar de nuevo las tropas insurreccionadas.

Danton, informado por una carta de su cuñado Charpentier de la enfermedad de su esposa, habia salido precipitadamente de Condé para ir á recoger el último suspiro de la compañera de su juventud; pero la muerte habia sido más veloz. Al bajar del coche á la puerta de su casa, se le anunció que aquélla acababa de espirar, y tratóse de alejarle de aquel fúnebre espectáculo; pero Danton, que bajo la



HEBERT.

impetuosidad de sus pasiones políticas y desordenada vida profesaba una ternura respetuosa á la madre de sus dos hijos, separó á los amigos que le disputaban la entrada de su domicilio, subió fuera de sí á su cuarto, corrió hácia el lecho, levantó el paño mortuorio, y cubriendo de besos y de lágrimas el rostro medio yerto de su esposa, pasó toda la noche en gemidos y sollozos.

Nadie se atrevió á interrumpir su dolor y á separarle de aquel lecho de muerte para llevarle á la sedición. Los proyectos de los conjurados se prorogaron por falta de jefe. Sin embargo, Dubuisson arengó al comité, y le demostró la urgencia de anticiparse á los girondinos, que hablaban todos los días de vengar los asesinatos de Setiembre. «¡Mueran — dijo al concluir — esos hipócritas de patriotismo y de virtud!»

Los brazos levantados y muchos ademanes de muerte fueron el silencioso aplauso que mereció el discurso de Dubuisson. Se debatieron los nombres de veintidos diputados girondinos, y sus cabezas fueron ofrecidas al sacrificio. Este número de veintidos correspondía, por una especie de pena del talion, al de veintidos jacobinos que Dumouriez había prometido, decían, entregar á la venganza de su ejército y á la cólera del extranjero. Unos propusieron colgar á Vergniaud, Brissot, Guadet, Petion, Barbaroux y sus amigos en las ramas de los árboles de las Tullerías; otros, que se les condujese á la Abadía y renovar con ellos la justicia anónima de Setiembre. Marat, cuyo nombre nada tenía que temer por una maldad más, y para quien la gloria era sólo el brillo del crimen, dispuso toda clase de escrúpulo. «Nos llaman bebedores de sangre, — dijo. — Pues bien, merezcamos este nombre bebiendo la de nuestros enemigos. La muerte de los tiranos es la última razón de los esclavos. César fué asesinado en pleno senado; tratemos, pues, lo mismo á los representantes traidores á la patria: sean inmolados sobre sus bancos, teatro de sus crímenes.» Mamin, que había paseado la cabeza de la princesa de Lamballe sobre una pica, se ofreció con algunos de sus compañeros para asesinar á los girondinos en su misma casa. Hebert apoyó este último partido. «La muerte sin estrépito, aplicada en las tinieblas, vengará completamente de los traidores á la patria, y mostrará la mano del pueblo suspensa siempre sobre la cabeza de los conspiradores.» Se decidieron por este plan, sin excluir sin embargo la idea de Marat, si se presentaba la ocasion de un asesinato más solemne en medio de los desórdenes, cuando el pueblo diese un asalto á la Convencion. Se distribuyeron á los agitadores los barrios que habia de sublevar, y se fijó para la ejecucion la noche del 9 al 10 de Marzo.

VI

En tanto que los conjurados del comité de insurreccion reclutaban sus fuerzas, una revelacion fortuita informaba á los girondinos de la clase del complot fraguado contra su vida. El peluquero Siret, con la indiscrecion ordinaria de los de su oficio, confió á Mauger, presidente de la seccion de la Isla de San Luis, que al dia siguiente á mediodía, los girondinos habrian dejado de existir. Mauger, que era amigo de Kervelegan, diputado de Finisterre, y uno de los más valientes de la faccion de Roland, fué al anocheecer á casa de Kervelegan, y le suplicó, en nombre de su seguridad personal, que no fuese al dia siguiente á la sesion de la